

## Naturaleza o Cultura, ¿qué nos hace ser lo que somos?

Alexander Stuart Houston es un ciudadano de a pie estadounidense que habita en Long Island, una isla del estado de Nueva York, en un barrio de chalets. Sin llegar a hacer ninguna otra apreciación, podríamos considerar perfectamente que es una persona corriente y habitual; sin embargo, Alexander no hace gala de su apellido real porque, en verdad, se apellida Hitler. Él es uno de los pocos descendientes casi directos del dictador alemán, se trata de su sobrino-nieto. Hace unos años, él, sus primos y hermanos se reunieron y juntos tomaron la decisión de no tener descendencia con el fin de que la estirpe del líder conocido como uno de los mayores asesinos de la historia fuese erradicada.

Aunque este hecho resulte meramente anecdótico, la pregunta que nos plantea de fondo es bastante interesante y controvertida: ¿de verdad llevar los genes del conocido dictador nos influiría a ser como él o esto no es relevante en absoluto? En esencia, tomar dicha decisión supone decantarse a favor del determinismo genético -si es que ha sido tomada con la intención de evitar otra abominación como el holocausto nazi-. Sin embargo, una parte de mi ser quiere resistirse a pensar que mis genes me condicionan una personalidad u otra y, por ende, casi mi destino.

Para ser capaces de discernir sobre este tema y no perder el rigor científico deberíamos aclarar antes unos conceptos básicos que ya descubrió Mendel en el siglo XIX. En primer lugar, todo ser vivo viene definido por un código genético que se encuentra en el interior de sus células. Este código genético o ADN se expresa dando lugar a las diferentes formas de vida. Ahora bien, es necesario distinguir entre genotipo, que es la información genética que poseemos, y fenotipo, que es la información genética que es expresada y por lo tanto apreciable. Por ejemplo, podemos tener los ojos marrones y sin embargo que nuestro genotipo posea información para codificar ojos azules y marrones; no obstante, como el marrón predomina sobre el azul, nuestro fenotipo mostrará sólo el color marrón. Tratar este tema cuando nos referimos al color de los ojos es bastante sencillo y apenas suscita dudas, pero cuando abordamos la personalidad y si los genes la condicionan la discusión puede volverse mucho más complicada. Aquí entra en juego nuestro segundo elemento, el ambiente o entorno.

Actualmente, negar que nuestro ambiente resulta determinante a la hora de definirnos cómo somos es casi imposible. En el fondo, somos como nos han tratado, sobre todo en las edades más tempranas cuando nuestra personalidad apenas había sido formada. Por ejemplo, podemos observar en nuestras clases o grupos de amigos que los chicos cuyos padres se han separado se han visto obligados a madurar a mayor velocidad que el resto de compañeros. En este caso es obvio que el hecho de haber vivido una situación familiar más tensa con circunstancias que requieren mayor madurez para poder salir del paso. Sin embargo, busquemos un caso bastante más extremo: el extremismo islámico. Aprovechando lo reciente que tenemos el tema debido a los recientes atentados en París. Desde que nacen, los chicos educados en el Islam son adoctrinados y alienados, haciéndolos creer que la redención se obtiene haciendo la guerra santa. Resulta bastante inverosímil creer que estos jóvenes, por el hecho de tener genes propios de las zonas árabigas, son potenciales yihadistas desde el momento en el que nacen. Es más recientemente estamos observando cómo muchos europeos se están desplazando a estos países para engrosar sus filas.

Con los ejemplos que se acaban de mostrar se trata de evidenciar que la influencia que ejerce nuestro ambiente es muy superior a la ejercida por nuestra genética. De todos modos esto no puede llevarnos a caer en el error de pensar que solamente somos definidos por nuestro ambiente, nuestra cultura. Algunos experimentos realizados con gemelos demostraron que dos personas con una carga genética casi idéntica que fueron separados al nacer, a pesar de demostrar conductas muy diferentes, mantenían algunas actitudes en común. Con este hito se consigue desarmar a cualquier persona que tratara de esgrimir el argumento determinista en una conversación; no obstante nos plantea otras preguntas, como por ejemplo ¿hasta dónde es capaz de influirnos nuestro ambiente o cómo puede hacerlo? Aunque quizá la más interesante de todas sea imaginar qué seríamos sin todos los estímulos que recibimos del entorno, de nuestra cultura.

Probablemente resulten preguntas casi imposibles de responder. Afortunadamente a lo largo de la historia la casualidad nos ha brindado algunos casos de los que hemos tenido la oportunidad de aprender. Por ejemplo, la historia de Marcos Rodríguez, que a la edad de nueve años fue abandonado en la sierra y desde entonces creció y convivió con una manada de lobos durante doce años aproximadamente. Este chico adquirió las costumbres, idioma y cultura de estos cánidos y consiguió adaptarse como uno más al grupo hasta tal punto que, cuando volvió a la civilización, era incapaz de aceptar las

costumbres y conductas propias del ser humano. Con el tiempo fue comprendiendo el funcionamiento de la sociedad a la vez que recordaba cómo hablar, función que había dejado casi olvidada. Esta increíble situación nos permite observar que podemos aprender de diversos entornos y modificar nuestra forma de ser. También se han dado otros muchos casos, algunos de ellos más profundos e irreversibles.

Ahora bien, dejando de lado las anécdotas y situaciones concretas que buscan ser pie para la argumentación, necesitamos una base que nos permita afirmar que nuestro ambiente es tan determinante. Esta base la podemos encontrar en la psicología, puesto que se considera que el cerebro posee una capacidad, conocida como plasticidad, que le permite irse modificando a lo largo de los años, aunque conforme envejecemos esto se hace más difícil. Quizá por este motivo a las personas mayores les cuesta tanto cambiar sus costumbres y formas de hacer las cosas. Además este concepto apoya y da fuerzas a la educación: si somos capaces de aportar los métodos para ir formando a las personas, podremos conseguir un efecto mucho más fuerte en ellas. Imaginemos por un momento qué pasaría si consideráramos imposible cambiar la personalidad de las personas, la educación perdería gran parte de su sentido. De todos modos debemos ser precavidos puesto que esto consiste en un arma de doble filo. Utilizar la educación bien puede contribuir a formar una sociedad mejor, pero si -siendo conscientes de todo lo mencionado anteriormente- la utilizamos para condicionar y adoctrinar a las personas, puede convertirse en un gran peligro para todos. De hecho, esto ocurre hoy en día y podemos observar sus consecuencias.

En conclusión, sin negar la influencia que ejerce la genética sobre el ser humano, debemos afirmar que el peso que tienen nuestro ambiente y entorno es mucho más fuerte y, aunque seamos incapaces de rechazar nuestros impulsos naturales, tenemos que reconocer que nos define mucho más la educación y cultura que recibimos.

Laín Coubert.